

# Convergencia: Historias

## Vol. 1

Heiner Flores Bermúdez

Copyright © 2015 Heiner Flores Bermúdez

heifb@outlook.com

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise) without the prior written permission of the copyright owner. This is a work of fiction Names, characters, places, brands, and incidents are either the product of the author's imagination or are used fictitiously.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en ella descritos son producto de la imaginación del autor.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Diseño de portada

Heiner Flores

# Índice

El Pirata Rojo

Voill y Yavar

El Escape

Convergencia: Génesis

Los siguientes son relatos cortos pertenecientes al universo de la saga Convergencia que quiero compartir contigo, lector, con la intención de persuadirte a leer la primera instancia de la misma. Que los disfrutes.

## El Pirata Rojo

Año 2371

Él era un hombre peculiar. A pesar de ser un pirata, tenía cierta clase. Lo llamaban Rojo; era así desde que fue visto cubierto completamente de sangre: El Pirata Rojo. Todo aquel que sabía de él, le temía. «Ese hombre es un monstruo. Un malhechor que toma lo que le place, dejando un rastro de cadáveres por donde pasa», decían algunos. Pero era más complicado que eso. Hasta un bandido puede tener cierta integridad. Y Shar la tenía. Era una de esas personas que solo nacen una vez en toda una generación. Un líder nato, valiente e intrépido.

Durante algún tiempo estuvo de lado de la ley, hasta que concluyó que la ley no era más que una ilusión creada por quienes tenían el poder. Fue entonces cuando decidió establecer sus propias leyes. Así se convirtió en uno de los seres más poderosos de la galaxia. Sus caprichosas decisiones afectaban irremediabilmente a millones de personas.

—Todavía los recuerdo. El solo pensar en ellos me enfurece... Ricos e influyentes. Políticos miserables pisoteando a los más débiles. Ese ambiente nunca fue apropiado para mí. Yo soy diferente. Ellos no son más que sabandijas.

—¿Por qué los servías entonces? —preguntó el hombre a Shar. Estaba agitado y respiraba con cierta dificultad.

—Se me da bien la violencia... Nunca estuviste en la Tierra, ¿cierto? En aquella época o te unías al ejército o morías de hambre. Las guerras eran el único negocio. Mis hermanos y yo peleamos para la nación en la que nací. No porque fuéramos patriotas, o porque amáramos a la Tierra. Era simple supervivencia.

—¿Qué pasó después? ¿Cómo fue que terminaste aquí?

—Supongo que era inevitable —dijo Shar, como queriendo echar la culpa al destino—. La Tierra está llena de basura. Como dije antes, la violencia siempre se me dio bien, a mí y a mi familia. Ascendimos rápidamente, hasta que llegamos a una posición en la que debíamos lidiar con ellos, con los políticos... ¡grr!—gruñó con enfado al recordarlos—; pretendían ser algo que no eran; estaban seguros de su superioridad, y yo... yo de lo contrario. No iba a ser como ellos; nunca me convertiría en algo así.

Shar había estado diciendo cosas como esas toda la noche. Estaban solos los dos, en una habitación sucia y pequeña. No había más que una silla, ocupada por Shar. Las mugrientas y agrietadas paredes estaban pintadas con suciedad, sudor y sangre. El olor del lugar era incluso peor; ahí habían muerto muchos.

—Entonces... —el hombre tosió con dificultad, estaba más incómodo aún—. ¿Desertaste por culpa de ellos?

—Nos cansamos de ser usados. Cuando empezó la exploración con agujeros de gusano ellos solo tenían un motivo: encontrar un lugar para dejar atrás la Tierra. Nunca pensaron que ganaríamos la guerra. Estaban seguros de que el mundo no tendría futuro, pero aun así nos pidieron que lucháramos. Muchos murieron, pero alcanzamos la victoria... Aguanté por muchos años más a esas sabandijas, hasta que llegamos a Autoro. Tú sabes cómo empezó; los plusinianos estaban en medio de las pretensiones de La Unión... Fue en... en el año 2170... si mal no recuerdo. Fue cuando fuimos enviados a detenerlos. De nuevo nos usaban. Querían que hiciéramos algo imposible. Fuimos capturados y ya conoces el resto; nos hicimos con el planeta, pero no para La Unión. Lo tomamos para nosotros. Justo como sucede ahora.

—¿Y ahora? ¿Ahora eres feliz?

—Siempre me convenzo a mí mismo de ello, aunque últimamente empiezo a dudarlo —respondió Shar resignado—. Estoy seguro de que mi hermano menor está muerto, y mi familia parece derrumbarse. Lamento decir, incluso, que he dejado de amar a mi esposa. Por supuesto, ella nunca puede saberlo, no quiero causarle ningún sufrimiento.

—¿Por qué seguir? ¿Por qué todo esto? —El hombre trataba de mantener la compostura. Miraba a Shar, el Pirata Rojo, sentado ahí en esa silla. Parecía incómoda, pero hubiera dado lo que fuera por estar sentado en ella.

—¿Sugieres que me retire? Aún estoy vivo. Nunca voy a detenerme.

—¿Qué hay de mí?

—Tú estás acabado.

—¿Qué es lo que quieres, Shar? —El hombre empezaba a desesperarse. Había estado aparentando tranquilidad; tenía la esperanza de que su captor lo liberaría. Ahora ya no estaba tan seguro.

—¿Qué quiero? Quiero verte morir. Lo mereces.

—¿Me condenas? ¡Tú eres un pirata! —gritó.

—Es cierto —ratificó Shar con tranquilidad—. Soy un pirata. Robo y asesino para vivir. Supongo que no puedo dárme las de bueno. Y es por eso que nunca lo hago. Precisamente por ello, hoy he decidido que debes morir. Es la recompensa por tus acciones. No hay nada que sea inferior a ti. Eres un sucio esclavista.

—Arderás por esto, Shar.

—No. Tú y tu gente lo harán. Voy a tomar todo esto para mí. Un territorio más, bajo mi poder.

—¿Es por eso que estás aquí? ¿Por codicia? ¿O se trata del asesino?

—Pues sí. Cometiste muchos errores y es hora de que pagues el precio.

—¡Bájame de aquí!

El hombre tenía sus manos amarradas a la espalda. Una soga, asegurada a una biga sobre su cabeza, rodeaba su cuello. Estaba parado sobre un gran bloque de hielo que se derretía desde hacía más de media hora. Sus pies, amarrados también, se resbalaban constantemente, a pesar de sus esfuerzos por mantener el equilibrio. Iba a morir ahorcado muy pronto.

—No voy a bajarte. Voy a quedarme aquí hasta que ese hielo bajo tus pies se derrita lo suficiente. Voy a mirar cómo mueres.

—Mi gente vendrá —dijo con esfuerzo. Empezaba a sentir como la cuerda en su cuello le robaba la vida.

—No lo creo. Están muy ocupados escapando de mis hombres. Desde esta desagradable habitación no puedes verlo, pero arriba hay caos y destrucción. Ya he ganado.

—¡Maldito!

Un momento después la habitación se movió bruscamente. El polvo empezó a brotar desde una grieta en el techo de la habitación. En la superficie del planeta se desarrollaba una sangrienta lucha.

—Es curioso —apuntó Shar mirando la sangre en las paredes del lugar—. Esta habitación, en la que tu gente torturaba a esos pobres diablos hasta su muerte, será tu tumba. Si me lo preguntas a mí, esto es justicia. Aunque no precisamente la que mereces. Quizá debería estar torturándote. Cortarte en pedazos... Soy el Pirata Rojo, tal vez deba hacerlo.

—Déjame ir. No volverás a verme. Puedo darte millones —suplicó desesperado.

—No tienes nada. Ya lo he tomado todo. Esta asustadiza y lamentable figura es todo lo que queda de ti.

—Tengo amigos importantes. Ellos pagarán.

—Ya no tienes amigos. Todos están muertos. Eres lo único que queda. Puedo asegurar que la galaxia será un mejor lugar sin ti.

—Debe haber algo que quieras, Shar. Algo que pueda darte.

—Quiero mirar tu final.

—Y yo el tuyo. Va a llegar tu momento. Tarde o temprano. Alguien va a matarte... Desearía estar ahí para verlo. —Un momento después el hombre empezó a ahogarse, el hielo se había derretido lo suficiente y ya no podía apoyar sus pies sobre él.

Shar lo miraba con aquel semblante que lo caracterizaba. Intimidante y serio.

El hombre estaba a unos momentos de su muerte. La desesperación empezó a ganarle mientras el aire se le iba.

—Está sucediendo —le dijo Shar al ver como el hombre se movía violentamente, intentando liberarse de sus ataduras—. No luches o será más rápido... Quiero que dure un poco más. Quiero disfrutarlo. Trata de pensar en algo pacífico, en algo que disfrutes. A mí me gusta pensar en el cielo nocturno. Me gusta mirar las estrellas. Hay tantas estrellas que no puedo contarlas. Algunas tienen planetas orbitándolas y otras no, algunas son súper masivas y otras no tanto, unas más calientes que otras, o quizá más luminosas. Algunas crean vida y otras la quitan.

Shar se levantó de su silla y se acercó hasta el agónico hombre. Con su brazo derecho lo rodeó por su cintura y lo levantó, evitando que muriera. Después de toser descontroladamente por unos momentos, el hombre volvió suplicar:

—Por favor... Déjame ir, Shar.

—Las personas son como las estrellas —siguió muy tranquilo—. Dan vida o la quitan. Como yo. Como una estrella que se vuelve supernova; su legado no solo es muerte, también es vida. Algunas personas son especiales. Pero tú no eres así. Tu muerte no importará a nadie. —Shar soltó al hombre y este volvió a agitarse violentamente. Estaba a punto de morir—. Tu legado es desagradable. Eres como esos de los que te hablé antes...

Políticos miserables. Todavía los recuerdo. El solo pensar en ellos me enfurece. Pero ya no importa, ya todos están muertos.



## Voill y Yavar

Año 2350

Ellos eran dos hombres poderosos. Voill Conner y Yavar Aflir. Después del Líder Supremo, no había nadie con más influencias en toda La Unión Galáctica. El mismo Líder los tenía en alta estima; Voill era su mano derecha, y Yavar el siguiente; y no era de extrañarse, lo habían apoyado desde antes de su llegada al poder, y aunque no lo supiera, de no haber sido por ellos, nunca habría tenido oportunidad de conseguirlo.

Ahora controlaban la Tierra, un maravilloso planeta. El lugar que dio origen a una de las especies más excepcionales de la galaxia.

Esa tarde estaban algo más inquietos que de costumbre. El día anterior habían tenido una experiencia desagradable.

—Su rostro lo dijo todo —dijo Voill a Yavar. Ambos miraban al cielo, desde uno de los balcones de un gigantesco edificio, en una de las ciudades más importantes de la Tierra.

—Nunca debimos venir aquí, Voill. Ebyem no debería juntarse con estas personas.

—Él es el Líder Supremo. Es lógico que asista a eventos como el de ayer. Recuerda que debemos mantener contentos a todos... Si hubiera sabido que El Augur estaría aquí quizá me hubiera opuesto a que viniera.

—Lo que dijo... Es como si en verdad supiera todo, Voill. Siempre fui algo escéptico, incluso después de todo lo que me has enseñado. Pensé que las curiosidades de la galaxia no eran más que eso, pero ahora lo entiendo, realmente hay seres especiales ahí afuera.

—Debes estar preparado, Yavar, La Unión Galáctica está en nuestras manos. Sabes lo que eso significa.

—¿Crees que cometimos un error...? ¿Con el segundo Líder Supremo?

—De ninguna manera. Kevyre debía morir. Ebyem es mucho mejor que él. Apenas han pasado cinco años desde que está en el poder y todo ha cambiado. Definitivamente hicimos lo correcto.

—Pero lo que El Augur dijo: «No se supone que seas quien eres». Y encima se lo dijo en su cara.

—Lo sé, Yavar. Cuando aseguró que el segundo Líder Supremo no debía haber muerto, lució aterrado... A decir verdad yo mismo lo estaba.

—¡Y que lo digas! A menudo me pregunto qué hubiera pasado si el asesino hubiera fallado. Quizá no estaríamos aquí.

—Cuando te llevaste a Ebyem del salón, dejándome con El Augur, dijo cosas muy extrañas.

—¿Qué cosas? —preguntó inquieto Yavar.

—Fue confuso. Apenas pude entender un poco. Dijo que alguna especie de anomalía había ocurrido. Algo había cambiado. Según él, el segundo líder debería estar vivo, y yo muerto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero eso no es lo que me inquieta más...

Voill se dio media vuelta y se alejó del balcón hacia el interior de la habitación. Parecía preocupado. Yavar no estaba acostumbrado a verlo así.

—¿Qué pasa, Voill? —pregunto Yavar siguiéndolo con preocupación.

—Habló de mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿Qué con él?

—Dijo que nunca debió nacer y que no entendía por qué todo había sucedido así. Parecía asustado por eso.

—No lo entiendo, Voill. ¿Por qué hablaría de tu hijo?

—No tengo idea. Dijo que traería un grave peligro a La Unión.

—Debimos haberlo detenido.

—Ya te lo dije. Me volteé un momento para llamar a seguridad y un segundo después ya no estaba. El tipo simplemente se esfumó.

—Tengo un mal presentimiento, Voill. El Augur dice todas esas cosas, precisamente en la misma semana en la que todos están como locos con la desaparición de Helegar...

—Debemos estar preparados.

—¿Qué podríamos hacer?

—Lo que sea necesario, Yavar. Somos especiales, no como los demás. Nosotros controlamos sus destinos. No podrán ir a ningún lugar por sí solos. Como un tren que viaja sobre rieles, solo puede ir a donde ellos lo lleven.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

